

HISTORIA DE LA PSIQUIATRÍA

Enfermedad y muerte del maestro titular Wagner, asesino en serie paranoico. Una epicrisis, II

La bibliografía psiquiátrica nos muestra que frecuentemente aparecen irregularidades sexuales en los antecedentes de los paranoicos. Duros autorreproches y pensamientos hipocondríacos tormentosos acompañaron al joven onanista, al ambicioso y pretencioso joven profesor, en el que pronto se manifestó un fuerte interés literario que intentaba plasmar en sus propios poemas. Cuando hubo aprobado holgadamente su primer examen, fue empleado como profesor auxiliar o como profesor asistente en muchas localidades. Su marcado instinto sexual no le permitía evitar la práctica del onanismo; tampoco las ocasionales visitas a prostitutas le ayudaron a superarlo completamente.

Como profesor asistente, un veterano compañero se refería a él como un hombre «modesto, dócil, tratable, formal, decente, ordenado, tranquilo y cordial». El salario de profesor auxiliar de esa categoría era muy bajo por aquel entonces en Württemberg (520 marcos al año). Valía para vivir modestamente si, como en el caso de Wagner, no se recibía ningún apoyo económico de la familia. De cara al exterior, servía para ofrecer una imagen digna. Su fuerte amor propio y la conciencia de poseer un don para la escritura le hicieron «orgullosos y autosuficientes», como dice un informe sobre él. No obstante, siempre quedó en él una gran sensibilidad y una inseguridad interior que lograba disimular con dificultad. El que conozca la Psicología individual de

Adler no tendrá dificultad en comprender el nexo interior de tantos rasgos diferentes de carácter aparecidos en Wagner. Es a causa de su empeño y deseos de escalar en su todavía modesta posición social como se explica la predilección del joven profesor por un alemán lo más puro posible, detalle en el que se ha querido reconocer sin razón una «excentricidad esquizoide». Este hablar en alemán culto le supuso alguna burla. El profesor de escuela primaria suave, que vive entre una población con fuerte dialecto, que quiere enseñar a sus alumnos un buen alemán y debe personificar a la persona culta en el pueblo, que además tiene una elevada opinión de su profesión, la cual no siempre encuentra el reconocimiento y la comprensión, está sujeto fácilmente a la tendencia, en su comportamiento y en su manera de hablar, de alejarse de la forma común de trato, dando con facilidad la impresión de persona excéntrica. Pero si se es un escritor clandestino, que en sus horas libres vive con Shakespeare, Goethe y Schiller y se siente capacitado para lo más elevado, se manifiesta sencillamente el síntoma «de la elevada trascendencia del propio yo» en la obligación de un comportamiento digno en el uso de la lengua y en el comportamiento. También en la forma de vestir del joven profesor, a pesar de sus problemas económicos, se advertía un esmerado cuidado por la apariencia. El mismo Wagner me respondió cuando le llamé la atención acerca de su marcada y perfecta pro-

nunciación del alemán que sabía hablar bien suave, pero que prefería no hablar en la «lengua de los campesinos». De manera que su conducta y su empleo del lenguaje correspondían a una intención consciente de diferenciarse de la masa. De sus propios poemas (objetivamente poco originales y artísticamente sin importancia, influenciados por Heine) ya tenía por aquel entonces una elevada opinión consecuencia de una ingenua sobrevaloración que hizo que en 1900 intentara encontrar un editor para ellos pero sin éxito alguno. Su espíritu activo hizo que se interesara vivamente por los problemas políticos y literarios de la época. A causa de las amargas experiencias de su infancia y juventud, en política se adhirió primero a posturas izquierdistas (en la línea de Klara Zetkin), para luego, en años posteriores, declararse partidario del partido nacional-liberal con la justificación de que éste no se ocupaba puramente de los intereses particulares, sino que situaba a la patria por encima del partido. Más tarde se entusiasmaría vivamente con las ideas políticas de Naumann. Ya había abandonado totalmente la fe religiosa a los 18 años, pero consideró como su deber mantener su ateísmo para sí mismo y en el ámbito profesional impartir la clase de religión a sus alumnos siguiendo los preceptos de las autoridades. Wagner me aseguró que no le había resultado difícil, porque era precisamente «una parte de sus obligaciones oficiales». Pero cuando se encontraba fuera de servicio y en especial si estaba bajo la influencia del alcohol, el cual toleraba cada vez peor, perdía las composturas en materia de orden religioso, ufánándose hasta el desprecio con sus aires de ateo y materialista. Su debilidad hacia el alcohol, un estigma de su predisposición psicopática, hacía que perdiera toda inhibición; su vida sexual se agitaba, su lengua se

desataba y entonces sus tensiones internas se descargaban frecuentemente de modo sorpresivo y sobresaltado. Este aspecto se convertiría posteriormente en su perdición. Después de disfrutar del alcohol comenzó a practicar la zoofilia (*Sodomie*) a finales del verano de 1901, en el trayecto de la taberna a Mühlhausen. En esta localidad estaba empleado como maestro con carácter provisional, después de que hubiera ocupado otros empleos que no siempre se habían ajustado a su elevado amor propio. De modo que se sentía «tratado injustamente» por la administración y, en ocasiones, manifestó que la administración le proporcionaba adrede estos empleos de baja categoría¹.

En su etapa de profesor auxiliar, que va de los años 1895 a 1901, o sea, antes de que llegara a Mühlhausen, se desahogaba con frecuencia con razonamientos pesimistas e hipocondríacos, mostraba desprecio por las personas, un envanecimiento de sí mismo que resultaba bastante desagradable, un orgullo intelectual y un carácter con frecuencia cínico. El onanismo le atormentaba. Un permiso por enfermedad pasado en Suiza lo aprovechó de manera muy inadecuada; la necesidad material le condujo por aquel entonces a un debilitamiento de su salud física. Por puro orgullo ocultaba sus necesidades interiores e iba con frecuencia a la iglesia, donde se mostró como un oyente atento. Un viejo maestro pudo resumir en este sentido la opinión que tenía de Wagner en aquella época y dijo que era un joven excelente de fuerte carácter y comportamiento irreprochable: sus «modales eran amables y distinguidos, y su aspecto físico era siempre adecuado». El ambicioso y pretencioso maestro auxiliar de veintisiete

¹ Una reacción pasajera temprana de su estructura de carácter paranoica.

HISTORIA DE LA PSIQUIATRÍA

años era capaz de ocultar la disgregación interna de su ser, sus miedos y necesidades, su desprecio por las personas y envanecimiento propio con una conducta digna y algo ceremoniosa, además de ser capaz de satisfacer las exigencias de su profesión. De cómo se agitaba en su interior, cómo se atormentaba con su instinto sexual, cómo él mismo se burlaba de sus debilidades amargamente, cómo buscaba reposo en la literatura y cómo se consumía en su ambición literaria, «su entorno no sospechaba nada». Sólo muy pocos, delante de los cuales se dejaba llevar cuando el alcohol le soltaba la lengua, reconocían «la cáustica acidez de su juicio crítico, su ateísmo y radical socialismo cuando no su anarquismo, su peligrosa manía por la meditación, sus con frecuencia singulares ideas, su gran desprecio por las personas y su engreimiento» (Juicio de compañeros de profesión).

Poco después del acto de zoofilia, *que permaneció completamente oculto*, pero debido al cual le invadió el más profundo asco (con él había deshonrado «a toda la humanidad», diría más tarde de ello), comenzó su calvario personal a causa del miedo, la vergüenza y el fuerte sentimiento de culpabilidad y *comenzó una paranoia que ya nunca se curaría*.

La paranoia se inició entonces, por decirlo así, de manera agudo-reactiva. Algunos aspectos quedaron desgraciadamente sin explicación, porque él *siempre se negó a dar detalles sobre ellos*. Nunca nos enteramos de forma exacta del acto o actos de trato carnal con animales, hasta tal punto de que en el transcurso del sumario, e incluso después, se hizo un gran esfuerzo por aclarar el asunto. (Los detalles acerca de este tema se pueden consultar en mi libro). Según algunas de sus manifestaciones ocasionales podemos suponer que el desliz de zo-

ofilia no ocurrió sólo una vez. No obstante, parece que eso siempre había tenido lugar en el camino de vuelta de la taberna. Si Wagner, en efecto, había sido reincidente en más ocasiones entonces resulta difícil de interpretar en su declaración el hecho de que inmediatamente *después de hacerlo*, atormentado por el pesar, la vergüenza y el miedo, creía observar que los habitantes varones de Mühlhausen se habrían enterado de alguna manera de su desliz. Dado que de manera objetiva no se pudo verificar nada de ese hecho y puesto que él mismo nunca quiso comunicar aspectos más precisos (esto le resultaba «demasiado asqueroso y repugnante»), en el sumario en el que estaban presentes el juez y el médico se llegó a cuestionar que si ese tipo de faltas «habían tenido lugar en la realidad» o de si se trataba de autoinculpaciones obsesivas de un enfermo mental que no se ajustaban a la realidad. En mi libro se puede leer, y creo estar seguro de ello, que las autoinculpaciones de Wagner *no eran de tipo obsesivo, sino que describían hechos reales* (Véase en especial p. 188 y siguientes). Entre los años 1914-1933, período en el que hablé con frecuencia con Wagner, nunca tuve un momento de duda, a la luz de sus explicaciones, de que tenía razón para avergonzarse de sus actos y para reprocharse por su inestabilidad y falta de carácter. *Por el contrario, nunca se ha encontrado el más mínimo indicio de que alguien hubiera llegado a tener conocimiento de sus faltas*. Él mismo las dio a conocer por primera vez en septiembre de 1913, cuando cometió los asesinatos. Se convirtió en delator de sí mismo cuando reconoció su culpa en una carta dirigida al *Stuttgarter Neue Tageblatt* la noche antes de cometer aquellas atrocidades. En sus diarios se comprende que hiciera de su zoofilia desde 1909 el funda-

mento de sus explicaciones pesimistas depresivas y paranoicas.

Tiempo después de sus relaciones zoofílicas inició una relación sexual con la hija de un tabernero, quien quedó pronto embarazada. Esta noticia le contrarió enormemente. El asunto salió a la luz pública y sus superiores le hicieron por ello una recriminación; la administración le retiró de su puesto en Mühlhausen y le dejó por un corto espacio de tiempo sin empleo. Después se le trasladó a Radelstetten, un pequeño pueblo en los Alpes suavos, donde permaneció hasta 1912. Los autorreproches, el miedo y un intenso delirio de relación le hicieron la vida imposible durante los últimos meses en Mühlhausen. Creía tener pruebas bastante seguras de que los hombres del pueblo le señalaban con desprecio y sarcasmo cuando le veían, aunque no abiertamente de modo que pudiera haberse defendido, sino de una forma disimulada que hacía que no pudiera estar enterado con certeza de lo que cuchicheaban y de por qué se burlaban de él. Estas personas, según su convencimiento, experimentaban una *alegría maliciosa por sus faltas inmorales*. Y precisamente esto le llenó de un sentimiento de pena y odio contra los habitantes de Mühlhausen. Su odio y su rabia se identificaban claramente con el lugar, donde había cometido las faltas («así, es precisamente que el sujeto se enoja con los lugares donde ha incurrido en las faltas»); pero lo esencial para él era la ira contra los varones del pueblo, pues ellos, —como el propio Wagner se imaginaba—, colmaban su culpa con la alegría del mal ajeno, el desprecio y la burla. La repugnancia contra todo lo relacionado con su desliz siempre le impidió hacer públicos los efectos de su significación personal enfermiza y de sus «percepciones» y «observaciones» en Mühlhausen;

ello le resultaba «demasiado asqueroso». (Las ilusiones visuales y acústicas jugaron un papel muy importante; en cambio, no existía ningún punto de referencia exacto para establecer la existencia de alucinaciones reales). Eran unos rostros que cuchicheaban, «una risa, una sonrisa irónica», «miradas burlonas» que percibía y que relacionaba con su falta. Cuando había bebido tenía tendencia a dar explicaciones obsesivas que encerraban acontecimientos ingenuos. El poderoso efecto de la ira contra sí mismo y contra el entorno no amainaba, al contrario: el delirio paranoico se consolidaba y ganaba en forma y en asociación lógica con la vivacidad de la fantasía y la fuerza de pensamiento, como se desprende con patética claridad de los diarios de Wagner escritos entre 1909 y 1913. Cuando abandonó Mühlhausen en el otoño de 1902 dijo con un estado de ánimo melancólico a un maestro veterano: «Ha sido el peor empleo que he tenido nunca». En realidad era bien visto en Mühlhausen y quedó de él un grato recuerdo. La hija del tabernero, con la que al parecer sólo mantuvo relaciones sexuales sin ningún vínculo afectivo, dio a luz una niña en Stuttgart. Ella le había amenazado con lanzarse al agua si no se casaba con ella. Wagner reconoció su paternidad y, dado que su situación económica era bastante delicada como para poder indemnizarla, se casó con ella cuando consiguió un puesto fijo de maestro en Radelstetten (1903). Este hecho sucedió a instancias de otros y por el propio sentimiento de responsabilidad, aunque por aquel entonces ya no la amaba en absoluto. La mujer no podía competir intelectualmente con él, pero era trabajadora y hábil. Estaba poco dotada psicológicamente para el trato con el difícil carácter de su marido. En sus discursos y escritos Wagner se refería a ella como «un

HISTORIA DE LA PSIQUIATRÍA

hábil carácter de criada». No la incluyó nunca en su delirio persecutorio; más bien supuso siempre que ella no sabía nada de sus faltas (en lo cual estaba en lo cierto) y que no participaba en absoluto de su sufrimiento a causa de los escarnios y las burlas de los que él era víctima. No la odiaba, sólo la consideraba en su papel de ama de casa y madre, pero no significaba nada para él. Sólo la mató por compasión; no debía sobrevivir a la muerte de sus cuatro hijos y al suicidio de su «deshonrado» marido. Durante su boda en Mühlhausen vivió bajo el continuo temor de ser detenido por los cazadores del pueblo y guardó un revólver cargado en cada bolsillo interior para, en caso de apresamiento, poder dispararse inmediatamente. (Los detalles se pueden consultar en mi libro). En Radelstetten fue bien recibido y tuvo agradables compañeros en los municipios vecinos. Wagner se tomó en serio y de manera escrupulosa su profesión de maestro; sus superiores alabaron la realización de sus funciones. No obstante, estaba lleno de sentimientos de ira y aflicción contra sí mismo; no podía disculpar sus faltas. Los sentimientos de furia se suavizaron algo en los primeros años durante una temporada, cuando las «persecuciones» al principio parecían haberse esfumado. Pero su sensación de culpa crecía cada vez más: quería desaparecer del mundo. En mi libro he descrito esta furia del enfermo Wagner contra sí mismo y sus pensamientos e intentos de suicidio. Estos pensamientos integran una gran parte del primer tomo de su autobiografía. Su mujer dio a luz rápidamente a cinco hijos, uno detrás de otro, de los cuales el más joven murió pronto. Los hijos «llegaron en contra de la voluntad de Wagner», quien había utilizado insuficientes medios de protección y se hallaba muy contrariado por esta «bendición

divina» no deseada, que asume con sarcasmo y burla en el segundo tomo de su autobiografía, siguiendo la doctrina de Maltus. Wagner se declaró partidario del sistema de hijos únicos o de ningún hijo en el caso de pobres, trabajadores, pequeños campesinos y personas que sufrían de miseria, entre los cuales él mismo se incluía. Con la ira que sentía, extendía sus explicaciones al rechazo de todo tipo de fertilidad y defendía la interpretación de las palabras de Hölderlin: «nunca más ha nacido lo mejor, pero si hubiera nacido, estaría rápidamente en la meta». Durante los dos primeros años de su estancia en Radelstetten se sintió libre de escarnio y burla, pero ésta la notaba inmediatamente cuando iba a Mühlhausen a casa de sus suegros, lo cual ocurrió en escasas ocasiones. De modo que su aflicción y su ira se dirigió más bien *contra su propia persona* en los primeros años de estancia en Radelstetten, hasta aproximadamente 1906; maldecía a toda su estirpe, a toda su familia a la que consideraba «carcomida» y a la que quería eliminar junto con él mismo. El plan de extender este suicidio a su mujer y sus hijos tomaba cada vez más cuerpo. Su mujer –pensaba–, si no la mataba antes, tendría la posibilidad de entorpecer la matanza de sus hijos. Esta fue su posterior interpretación que se encuentra en el diario del año 1909. En el pequeño y solitario pueblo alpino volvió a sus trabajos poéticos y literarios que ya había emprendido antes de forma aislada, después de que fracasaron sus intentos de suicidio por su falta de resolución y después de que su familia cada vez más numerosa le hiciera más difícil sus planes de destrucción. Entretanto había sufrido tanto interiormente, estaba tan amargado, que su talento literario ya no lo ejercitaba para la composición de poemas líricos, sino que escribía desde el odio

y la furia de su alma. *Odio y furia en primer lugar contra sí mismo, pero también contra sus «enemigos en Mühlhausen»*, contra todo el mundo y contra su creador. De este modo escribió el irónico escrito ateo *El viejo Jehovah*, en el que destruye de manera sarcástica la suposición de que exista un dios personal (siguiendo la doctrina del Antiguo y Nuevo Testamento de la Biblia). El trabajo no encontró ningún editor debido a su carácter sacrílego, a pesar de los esfuerzos que hizo. Su fantasía creció en el desarrollo posterior de su evolución paranoica, derivando en lo grotesco, lo horripilante y lo truculento; se embriagaba –incapaz de realizar su plan de destrucción– con imágenes salvajes de venganza y destrucción. De modo que en sus dramas prefería asuntos del Antiguo Testamento y en especial de la época de Nerón en la Roma antigua. (Sobre esta cuestión he informado de manera exhaustiva en mi trabajo titulado «Acerca de la creación literaria de un enfermo mental»). Wagner destacó siempre, también en un período posterior, que ya no estaba interesado en la creación de dramas «históricos», sino en la representación poética de su *propio sufrimiento*, su aflicción e ira, su voluntad de destrucción y exterminio, que después de la reaparición de su delirio de relación (*Beziehungswahn*) en Radelstetten, dirigió a partir de 1906 cada vez con más pasión contra Mühlhausen; este pueblo en el que había cometido sus faltas debía de ser extinguido con el fuego y la espada dejando a salvo a mujeres y niños. El incendio de Nerón ofrecía motivo para la comparación y para regodearse en sus grandes delirios. Así surgió el drama *Nerón* en 1906. A éste le siguieron otros. La trilogía *David* con las subdivisiones *Saul*, *Jakob* y *Absalom*, fue escrito y entregado a la imprenta en 1909.

La vanidad del escritor surgió en unión con las ansias de venganza del paranoico. El desarrollo de su delirio de relación entre los años 1906 y 1912 lo extraemos con todo detalle de su *Autobiografía*. Es importante el hecho de que también en Radelstetten tuviera cada vez con más frecuencia percepciones que interpretaba como «alusiones indirectas» y «burlas» a su antigua culpa sexual, pues suponía que los habitantes de Mühlhausen las habían difundido en Radelstetten. Veía en los *ciudadanos de Mühlhausen* a los auténticos artífices y enemigos despiadados, no a los de Radelstetten; ellos entraban en consideración en segundo lugar y sólo en número reducido. Por eso Mühlhausen debía ser destruido y no Radelstetten. Y no sólo él debía ser exterminado junto con su mujer y sus hijos, siguiendo el cada vez mejor delineado plan de venganza, sino que también sus hermanos y toda su familia, la casa donde había nacido y el palacio en Ludwigsburg. Y a sus hermanos, los cuales vivían alejados de él, quería darles por carta el consejo de que se hiciesen desaparecer del mundo ellos mismos. De este modo, desde 1908 palpitaba en su inquieto cerebro aquel cada vez más cruel plan de destrucción que ejecutó en 1913 partiendo de Dagerloch, en tanto le fue posible hasta que se sintió abatido e incapaz de realizarlo en su totalidad. Y en estos largos y solitarios años en Radelstetten, psíquicamente destrozado, lleno de sentimientos de culpa, venganza y destrucción realizó siempre bien y con éxito sus funciones de profesor, gozó de la popularidad general, y sólo después del disfrute del alcohol, con el que buscaba olvidar, perdía sus buenos modales y su autodomínio y entonces manifestaba a los atónitos interlocutores el núcleo expansivo megalómano de su ser: el megalómano ensalzamiento de sus facultades.

HISTORIA DE LA PSIQUIATRÍA

des literarias y de sus méritos artísticos (un «segundo Schiller»), la exagerada mofa de lo que para los demás tenía un carácter venerable (religión, cristiandad, felicidad del hogar), adornada de burla de sí mismo, infravaloración de su mujer, a la que «no amaba en absoluto», discusiones obscenas relativas a cuestiones sexuales y exaltaciones del amor libre. «Ya no se reconocía a Wagner». Él mismo, al día siguiente de estos excesos (de diez a trece vasos de cerveza), no tenía ningún recuerdo exacto de su comportamiento rebelde y se avergonzaba de sus deslices. Como él mismo me aseguró, en efecto, no era consciente –ni siquiera cuando su estado de ánimo estaba equilibrado– de que su delirio de grandeza literario –el hecho de compararse a Schiller y Shakespeare– no era en el fondo más que burlas de sí mismo, estados de embriaguez debidos a la aflicción y la furia, supercompensaciones de carácter muy doloroso de una vergüenza y debilidad sentidas. «*Debilidad*», éste era a sus ojos el mayor de los vicios, y lo débil debía de ser aniquilado de la superficie de la tierra. Aunque estuviese sobrio, probablemente siempre tenía una elevada opinión de su talento literario, de su potencial creador literario, y consideraba a algunos de sus dramas, particularmente *Absalom* cuando ya estaba en Radelstetten, como maduro para la escena. Pero de otras producciones de su ingenio sabía que eran más bien sólo los frutos de sus necesidades anímicas de descarga, y no de creaciones artísticas sin una finalidad determinada. En todo lo que escribió en aquellos años antes de que llevara a cabo sus asesinatos «se imaginaba él mismo» y su doloroso destino. Sobre todo se aplicaba este aspecto a su *Nazareno*, el cual no tenía nada que ver con el Cristo histórico.

En 1908 comenzaron los preparativos

para llevar a cabo sus planes de destrucción: la compra de grandes pistolas Mauser, el adentrarse en el profundo bosque y un viaje de inspección a Eglosheim y Mühlhausen para visitar las casas y graneros que quería incendiar. Tenemos noticias de aspectos más concretos de todo esto a través de sus diarios. Cada vez que el plan estaba concebido le asustaba su realización, calmaba su excitación a través de su diario y lo ocultaba, temeroso de su mujer, sus hijos y sus amigos. En todo lo que escribía fluía su temperamento malhumorado y sarcástico, también en su escrito sobre *El Suboficial-Maestro de Escuela* y en sus *Propuestas para una nueva ortografía*, que contienen algunas buenas ideas y críticas acertadas. Se recordará lo que escribió acerca de la irregular situación del maestro de escuela en el pueblo, o lo que Specht escribió hace muchos años sobre los maestros de escuela paranoicos. Su exceso de ironía y sarcasmo lo moldeaba todo en una forma insoportable. En el tercer capítulo del tomo segundo de su biografía escribió: «Estoy muy enfermo desde hace diecisiete años enfermo, enfermo incurable». Sitúa el comienzo de su enfermedad en la etapa anterior a sus deslices sexuales (hacia el 1892). Su sufrimiento le resultaba inmenso, como el que ningún otro ser tenía que aguantar, incomparablemente más duro que el de Cristo muriendo en la cruz. «Me cambiaría gustoso por el nazareno; una bagatela desde las nueve hasta las tres, y luego la gloria eterna. Eso es otra cosa completamente distinta que diecisiete años y luego ser del diablo». Y en la furia que desencadenaba contra sus hipotéticos perseguidores seguía escribiendo: «Yo os digo, hay miserables en el mundo y yo tengo que tener mi venganza. Quiero llegar a ellos como el ladrón en la noche y quiero..., es

igual, lo que digo ahora no lo entendéis todavía. Pero lo entenderéis después».

Como ya se ha mencionado, su plan de asesinato era firme y, tal como declaró en 1913, estaba planificado meticulosamente desde 1908-1909, pero la fuerza para consumarlo se esfumó durante años cada vez que llegaba el momento. Cuando las persecuciones en Radelstetten le resultaron demasiado insoportables, deseó trasladarse a una gran ciudad. Como excusa alegó que sus hijos se estaban haciendo mayores. Dado que como profesor ofrecía un buen rendimiento, en la primavera de 1912 llegó a Dagerloch, un barrio periférico de Stuttgart. Cuando abandonó Radelstetten se hizo notar el disgusto de la gente porque había sido muy querido. Allí nadie supo nada de sus deslices y jamás sufrió la *burla* o el *escarnio* de nadie. Con sus discursos megalómanos e interminables a la hora de la cerveza —aunque a veces algo herido— satisfacía su desbordante necesidad de expresarse. Nadie le había considerado «enfermo mental».

En Dagerloch desempeñó su oficio de maestro hasta los últimos días, fiel a su deber. Así todo, en una ocasión le sucedió que llegó a tal grado excitabilidad que transgredió la prohibición del castigo físico, cuando, anteriormente, nunca le había gustado recurrir al bastón. Cuando «las burlas» se hicieron notar en la nueva localidad, creció su pesar y su cólera; su última esperanza de escaparse de la tortura no se había cumplido. Y ahora su furia y su deseo de venganza instaban a la acción. Pero cada vez tenía más miedo de llevarla a cabo. Aprendió a amar a sus hijos —según las fotografías existentes eran niños simpáticos y bien formados, sin señales de degeneración en la actitud y en la expresión del rostro— y lamentaba el hecho de que tuvieran que

morir tan pronto; era cariñoso con ellos; les «dejaba pasar» ciertas cosas; en Navidades les hacía regalos por encima de sus posibilidades económicas, siempre con el pensamiento en las cosas terribles que les tenía destinadas. Bañado en el sudor provocado por la angustia, se mantenía de pie por las noches con un puñal junto a sus camas y no se decidía a herirlos. Tanto más cuanto que en su diario se mostraba enfurecido por su debilidad y se enorgullecía de vengarse de sus enemigos y de exterminar a toda su estirpe. La vida excitante al margen de la gran ciudad, la cual visitaba con frecuencia, le animaba de vez en cuando a permanecer en el mundo. Pero el delirio no le dejaba tranquilo y la literatura sólo le liberaba por algunas horas de su apremio. Los deberes de venganza y de realización del acto destructivo conminaban al enfermo para que actuara. Antes de que realizara sus asesinatos había escrito más de trescientas páginas muy densas en su diario sobre sí mismo, su vida, su pensamiento, su sufrimiento y su venganza de los enemigos. Me remito a las páginas de la 76 a la 97 de mi libro y a los resúmenes de su drama *El nazareno*. En él describe otra vez su falta sexual y las consiguientes burlas y mofas derivadas de ello, así como la tortura de doce años de persecución. Lo más impresionante está en la página 101 de mi libro. Wagner encuentra con frecuencia conmovedoras palabras en su doloroso estado. Así, el Viernes Santo escribe en su diario: «En mi caso todo el año es Viernes Santo y mi destino es el calvario». Un odio rebelde permite que el terremoto, sobrevenido en julio de 1913, le dé motivo para una efusión salvaje, en la que evocando a Sansón, escribe:

«Desearía ser un gigante con la grandeza y fuerza del universo. Entonces cogería un palo candente y perforaría el abdomen

HISTORIA DE LA PSIQUIATRÍA

de la tierra. ¿No escuchas, viejo Jehovah? ¿Te he glorificado en vano? ¿No escuchas cómo un engendro de filisteos se burla de mí? Entonces deja que crezcan los cabellos de mi fuerza, al igual que la más larga cabellera del cometa, de manera que pueda agarrar las dos columnas en las que echa los cimientos la construcción de la tierra, y de modo que me pueda divertir con el último alzamiento ligero de pantalones».

Este aspecto es el que presentaba el interior de ese hombre, que la noche del 3 de septiembre de 1913 estaba sentado tranquilamente en el jardín con sus convecinas: la viuda de un maestro y su hija, una joven maestra que elogiaba la hermosa noche de verano y leía un manual de gimnasia. Se despidió cordialmente de ambas señoras y, pocas horas más tarde, al inicio de la mañana del día siguiente, cuando todavía no se podían distinguir con claridad los contornos de la mujer y de los hijos que dormían (lo cual le facilitaba anímicamente el crimen) asesinó a su mujer y a sus cuatro hijos con un cuchillo que manejó con firmeza. Debían ser redimidos rápidamente y sin dolor y, para evitar que la mujer opusiera resistencia, la anestesió antes con un golpe en la cabeza. Entonces prosiguió minuciosamente su plan de destrucción, que era ya un hecho desde hacía años. Los detalles sobre esto los describo en mi libro (de la pág. 9 a la 19). Fueron asesinadas catorce personas en total, otros muchos heridos, y también alguna res fue alcanzada. Los graneros y las viviendas fueron pasto de las llamas, y los habitantes, despertados bruscamente de sus sueños, se le pusieron a tiro. Sólo quería matar a los varones; por eso después sintió mucho el hecho de que muriese una chica adolescente. La mayoría de los muertos recibieron disparos en el corazón. Se había familiarizado, no sin éxito, con los

bosques de Radelstetten portando sus pistolas *Mauser*, las cuales llevaba sujetas con un cinturón alrededor del abdomen, de modo que hacia la media noche encontró a sus víctimas con el resplandor cruel de las casas incendiadas en el pueblo. Algunos hombres enfurecidos lo derribaron a puñetazos, hiriéndolo de gravedad. Una vez que los indignados habitantes de Mühlhausen lo reconocieron, quisieron golpearlo hasta la muerte y, llenos de odio, lo colmaron de maldiciones. No obstante, le llamó la atención (él mismo me informó de ello con gran excitación) que nadie le injuriase a causa de su falta moral y que de ello no se pronunciara ni una sola palabra. Cuando estaba medio muerto en el suelo con un brazo desgarrado, el rostro herido de gravedad de un sablazo y sufriendo la oleada de excitación de los habitantes de Mühlhausen, tuvo la fuerza mental necesaria para percibir que los artífices de su desgracia, *cuyos sarcásticos comentarios se imaginaba estaban en la boca de toda la gente*, no aludían a sus «delitos». Con frecuencia se acordó más tarde de este momento cuando luchaba contra la evidencia de que había podido caer en un «error». La policía le protegió de la ira del pueblo y se le llevó al hospital donde le fue amputado un brazo. En H. fue puesto en prisión preventiva. Tras conocer a Wagner, el Presidente de la Sala de lo Criminal escribió:

«La impresión personal que se saca de él es la de una persona sometida. Se espera encontrar a un duro criminal de 39 años y encontramos a un hombre, que da la impresión de tener 55 años, hundido por la pena, de carácter amable, tímido casi infantil, que sólo incurre en cierta emoción cuando se pone a hablar de los habitantes de Mühlhausen. Quizás manifieste cierta vivacidad cuando, como siempre ha hecho en mi pre-

sencia, ha pedido de forma suplicante que yo le diera la satisfacción de que se le juzgara y se le decapitara. Ponía todo esto de manera y se le decapitara. Ponía todo esto de manifestado con gesto sonriente, como si se tratara de algo cotidiano y natural».

Pronto surgió la sospecha de que padecía una enfermedad mental y fue trasladado a la clínica de Tubinga, donde pasó seis semanas. Allí fue donde reconocí su paranoia y lo describí de manera más completa en mi informe –que se publicó más tarde que el libro–. Llegué a la conclusión de que sufría paranoia desde hacía doce años. El profesor Wollenberg defendió entonces la misma interpretación en su informe (publicado en los *Tipos criminales*). El proceso fue sobreado y Wagner, a principios de febrero de 1914, fue trasladado a la clínica mental de Winnental. La indignación del pueblo, que estaba desilusionado por la marcha de las cosas, no se apaciguaba. El ministerio de justicia de Württemberg se vio obligado a hacer públicos amplios fragmentos de mi informe en el «Boletín Oficial del Estado». Un relevante jurista discutió públicamente el asunto de si para el enfermo mental «asesino» se mantenía el significado incondicional y decisivo del artículo 51 del Código Penal, de si en este caso no habría que decantarse por la ejecución para tener en cuenta el sentir popular. Yo mismo –con frecuencia de modo equivocado– fui duramente atacado en artículos periodísticos y tuve que soportar también todo tipo de insultos anónimos, de entre los cuales el típico era una postal sin firma, cuyo texto estaba únicamente constituido por las palabras: «pedazo de psiquiatra animal». La conmoción por las atrocidades cometidas por el maestro permaneció viva en el sentir popular todavía un tiempo después hasta que, con el comienzo de la guerra mundial, el caso Wagner poco a poco pasó a un segun-

do término. Pero no cayó totalmente en el olvido como deducimos de la excitación que originó una noticia de 1932 en la que se afirmaba erróneamente su inminente puesta en libertad, lo cual provocó la animada réplica de la prensa. En una primera etapa en Winnental, donde Wagner estuvo custodiado en una celda individual de 1914 a 1938 de manera ininterrumpida, se aferró con tenacidad a su delirio. Su odio contra mí, a quien, después del conocimiento de mi informe llamaba «cabeza de borrego idiota», fue inmenso al principio. Cuando en uno de los años posteriores vine a Winnental con estudiantes de medicina de Tubinga y le visité en su celda, me echó a la calle ciego de la ira. Cuando sus intentos de lograr la revisión del proceso para probar su salud mental, y conseguir así la condena a muerte por parte de los miembros del jurado, fracasaron, solicitó de la institución la revisión de mi informe, que entretanto ya se había publicado. Wagner lo estudió de manera exhaustiva y con acierto. La seguridad en sus ideas, de la que hacía gala, de ser un vengador justo de su tortura y de su persecución, sufrió un impulso –de manera provisional según la confrontación de su amigo Ho–. En Tubinga fueron las angustiosas dudas –las que le habían ocasionado las afirmaciones del amigo (véase mi libro)–, las que pronto le llevaron a su antiguo estado de ánimo y convicción delirantes; de lo contrario no hubiera podido soportar su vida por aquel entonces. En Winnental, con el paso de los años, fue remitiendo poco a poco la sed de venganza contra los habitantes de Mühlhausen. Tuvo que aplicar su despierto espíritu a otras cuestiones para poder soportar una existencia tan monótona en una celda cerrada permanentemente después de que se fuera desvaneciendo esa actitud luchadora y sin

HISTORIA DE LA PSIQUIATRÍA

perspectivas que había adoptado. He informado ya en esta revista en 1920 (tomo 60) sobre los seis primeros años de su estancia en Winnental y he descrito allí los vaivenes de su delirio, su intensificación bajo la influencia de un entorno desfavorable de enfermos mentales criminales y su debilitamiento en un ambiente tranquilo. Cuando otro enfermo (de nombre Gockeler) se entretenía imitando voces de animales, Wagner entraba en cólera porque veía en ello una burla intencionada de su desgracia tolerada por la dirección de la clínica. El delirio de relación surgió en él de nuevo con la gravedad de antaño. Sólo cuando cesaban estas alteraciones entonces podía profundizar en el estudio de los libros y vivir sus propias fantasías. La profundidad con la que había leído mi libro sobre su enfermedad se mostró pronto en el drama que escribió en Winnental titulado *Delirio*, al que él mismo consideraba su mejor trabajo. En este drama Wagner describe la evolución del delirio paranoico tomando el ejemplo del Rey enfermo mental Luis II de Baviera, a quien califica de paranoico. Esta es una descripción inédita. Lo que Wagner escribe aquí sobre el delirio de persecución motivado por una significación personal enferma y sobre la relación de ésta con el delirio de grandeza, lo que escribe sobre el pensamiento obsesivo (*Zwangsgedanken*) y el pensamiento delirante (*Wahngedanken*), sobre la evolución y origen de la paranoia, el cómo explica el significado de la comprensión de la enfermedad, de cómo razona la necesidad del ingreso en una clínica a pesar del daño para el propio enfermo, todo esto, seguro que no ha sido presentado nunca por una persona que sufre de delirio de un modo semejante en la bibliografía psiquiátrica de todos los tiempos. A través de lo que había oído, leído y *él mismo había vivido* en

carne propia, Wagner esbozó una descripción de la locura que envidiaría cualquier manual. Me gustaría decir que aunque es probable que mucho lo haya tomado de mi libro sobre su caso y que gran parte lo haya aprendido de mis conversaciones con él y con otros médicos, es evidente que él mismo se adhirió plenamente a la doctrina científica sobre la forma y las condiciones del origen del delirio paranoico, y que la única razón por la que hizo esto fue *porque esta doctrina coincidía con su propio y profundo sufrimiento durante década y media*. En lo que no coincidía con su caso era en la cuestión de la curación de la paranoia, asunto éste en el que discrepo de manera prudente (véase esta misma revista, tomo 69, p. 188): el delirio persecutorio del Rey Luis es, en efecto, *«probablemente incurable»*, pero sólo *«probablemente»*. «La psiquiatría sabe poco y ni siquiera lo poco que sabe es seguro. Nosotros, los médicos, en tanto que nos aventuramos a predicciones, dependemos de casos análogos»; Wagner en el drama hace que el médico de cámara del Rey se lo explique a sus oyentes, el ministerio del Estado.

Hay un aspecto significativo: aunque Wagner tuvo a veces épocas, ya entre 1915 y 1920, en las que se mostraba inseguro en sus intercambios de opiniones con el médico sobre la culpabilidad de los habitantes de Mühlhausen por sus burlas y persecuciones e inseguro también del derecho de presumir de vengador, *nunca fue capaz de un verdadero arrepentimiento*. En este sentido su comportamiento mostraba a veces un carácter inconsecuente, una cierta ambivalencia. Su egoísmo sin medida, su elevado concepto de sí mismo y, en resumidas cuentas, la necesidad de soportar su propia vida después de estos hechos no permitieron nunca una comprensión verdaderamen-

te profunda del pesar por sus terribles actos. Encontramos incluso en su drama *Delirio* las palabras esclarecedoras:

«Es comprensible que la propia conciencia se oponga al entendimiento, lo cual no significa otra cosa que el completo desconuelo. Su majestad (es decir, el Rey Luis, en el que Wagner se representa a sí mismo y a su propio destino) lucha todavía –completamente en silencio–, una lucha tan terrible como la que sólo existe en el mundo de la locura. Pero parece que el luchador está «rendido».

Lo que dice aquí acerca de Luis II, *por aquel entonces* Wagner no se lo podía aplicar a sí mismo. Cuando escribió esto no estaba «rendido» sino que su paranoia estaba remitiendo. Probablemente el delirio siempre se volvía a avivar cuando aparecían otra vez motivos externos de un nuevo delirio de relación o cuando las desilusiones literarias le incitaban a la furia y al odio; pero, en efecto, hubo épocas en las que decía que en 1913 había estado «enfermo» y que hoy ya no mataría a los habitantes de Mühlhausen. Poco antes de su muerte (véase arriba) le había dicho a su médico:

«Yo sé que todo mi pensamiento de aquel entonces era un delirio». Pero pocos días antes, cuando los dolores le atormentaban, dijo en presencia del mismo médico: «Ya no podría vivir entre los hombres, porque para mí sería una tortura insostenible el notar como hablan de mí». Y si aquí, en este sentido, fuera posible dudar de que con ello se refería a las burlas a causa de su zoofilia, esto no puede mantenerse cuando continuó diciendo: «Desde hace medio año se lleva hablando de mí en casi toda la clínica y se ha dicho que yo era un follador de animales». De este modo vemos entonces que, al igual que en su descontento a lo largo de los años, apareció en Wagner, en su

soledad carente de encantos, una cierta disminución de sus necesidades afectivas y del delirio de relación conectado con ella. Incluso en los meses de tranquilidad llegaba a un cierto reconocimiento de su enfermedad, aunque nunca a un verdadero arrepentimiento de sus actos criminales. *Arrepentimiento*: su carácter, con un egoísmo y orgullo sin medida, era contrario a este sentimiento. Wagner, desde luego, era bien consciente de ello. Él mismo con frecuencia se llama en sus diarios *gran egoísta*; sostuvo siempre la opinión de que había sufrido más que todas las personas del mundo juntas. Aún en 1938, durante una conversación, lamentaba que su plan de destrucción no se hubiese llevado a cabo totalmente: «Algunos cientos de muertos, qué sería eso en comparación con mi sufrimiento». Incluso si hubiese logrado destruir al pueblo de Mühlhausen y a todos sus habitantes y hacer lo mismo con el suelo del pueblo, ello no hubiera sido una venganza suficiente para el sufrimiento por el que había tenido que pasar –pensaba aún a sus 64 años, después de 25 años de sus actos criminales–; todavía no ha habido una venganza suficiente para el sufrimiento que soportó. Recordamos lo que escribió con 38 años: «para mí todo el año es Viernes Santo y el Gólgota es mi destino». Lo sabemos por muchas experiencias: también en los paranoicos de carácter más agudo no siempre se da la tensión afectiva y la excitación en la misma intensidad. Esto era aplicable también a Wagner: si se había dedicado de nuevo, a causa de la aflicción y desesperación en Winnental, con gran energía a su labor literaria para poder soportar la vida en la celda, así encontró consuelo y alivio en este trabajo y pudo desarrollar e intensificar con él su congénito y acentuado amor propio. Y si sus dramas no eran considerados

HISTORIA DE LA PSIQUIATRÍA

maduros para ser llevados a escena, conseguía alguna palabra halagüeña y de elogio del sector literario de la competencia². En 1921, una editorial entró en negociaciones con él con motivo de la posible adquisición de sus obras. No se llegaron a cerrar el contrato, pero le estimuló para seguir creando y luchando por el éxito. Hizo imprimir sus dramas con su propio dinero. Los envió y se presentó a premios literarios (el premio Schiller, el premio Grillparzer) y vivía con la esperanza y el ansia de que fueran admitidos en la gran escena alemana. Cuanto más gozaba su espíritu, inquieto, de sus poemas alejado del mundo exterior, más luchaba por la gloria literaria cuando experimentaba las pocas perspectivas de ser puesto en libertad. Lo que antes solía aparecer con el estado de ánimo desenfrenado provocado por el alcohol –la elevada fe en su fuerza poética, su comparación con los grandes de la literatura mundial–, se convirtió poco a poco, aunque discretamente, en el propio convencimiento del hombre sobrio: «sus composiciones son buenas y puras», mejor que las de los dramaturgos contemporáneos a los que tenía poco aprecio en su conjunto (de ahí su equivalente *Florian Geyer* frente a la obra del mismo nombre de Hauptmann, la cual le parecía un fracaso). Sus composiciones le parecían realistas porque todas ellas habían nacido de su propia experiencia. El rechazo de su

drama *Delirio* por parte de la intendencia del teatro de Stuttgart le ofendió mucho. Poco después, cuando se estrenó en Stuttgart el drama *Schweiger* del escritor Werfel, entró en un estado terrible de excitación, pues en esa pieza dramática el centro de la trama versaba sobre un enfermo mental, lo mismo que en su drama *Delirio*. Y de nuevo, esta furiosa excitación producía una ola de enfermiza significación personal y Wagner llegó a la segunda etapa de su delirio paranoico, el cual le dominó hasta su muerte. Con una gran e incansable energía recopiló lo realizado durante muchos años de trabajo, lo que debía afianzar su afirmación de que Werfel se había convertido en su plagiador. Decía que Werfel había despedazado su drama *Delirio* y que con ello había conseguido su gloria literaria. Escribió un pequeño informe *Werfel el plagiador*, que hizo imprimir y lo envió a todas partes³. Wagner hizo que le enviaran todos

³ No hay que desestimar que Wagner ya mucho antes tenía tendencia a tener este tipo de pensamientos de plagio. Durante sus paseos por Stuttgart (1912-1913) se planteó la cuestión de si el autor de obra cinematográfica *Quo vadis* no había utilizado de manera ilegal su drama *Nerón* (1908) y sus *Imágenes de la antigua Roma*, y si debía entablar demanda por plagio. Esto fue por aquel entonces (o sea antes de sus actos criminales) una sospecha totalmente sin sentido pues nadie conocía sus dramas, aunque los había hecho imprimir con su propio dinero.

En su escrito *Werfel el plagiador*, fechado en julio de 1929, afirmó particularmente acerca de cuatro escritos de Werfel que eran una larga cadena de plagios que se remontaba a 1913; el plagio se refería a los tomos de poemas de Werfel, *Wir sind, Einender, Der Gerichtstag*, y a la trilogía, *Spiegelmensch*. Con ello todavía no se había registrado todo... «Mi autobiografía es especialmente el arsenal de donde Werfel ha extraído su bagaje intelectual».

«En el libro editado por Gaupp en 1914, titulado *Hauptlehrer Wagner*, no hay apenas una frase que Werfel hubiera respetado; no sólo los extractos de mis escritos sino todo lo restante –acción criminal, decla-

² De este modo, en 1921, la dirección del teatro estatal de Berlín, después de haberse enterado de la existencia de su drama *Delirio* escribió que poseía un talento dramático prometedor y que se abriría camino, pero que su drama no estaba maduro para la escena. Estas opiniones naturalmente intensificaron su amor propio literario; su falta de madurez para la escena la definió como consecuencia de su antigua vida en un lejano pueblo alpino y de su posterior aislamiento en la institución psiquiátrica.

los escritos de Werfel, y creyó poder probar que éste le había plagiado entre 1913 y 1923, y se había aprovechado por tanto de su capacidad intelectual. Y además añadió que culpaba a Werfel del robo de actas judiciales, entre las cuales se encontraban sus diarios, aunque se le aseguró que las actas no habían desaparecido del juzgado. Una vez cerrado el proceso, el consejo de dirección de la Sala de lo criminal había prohibido de manera expresa y por escrito que las actas de Wagner fueran distribuidas a nadie. Pero dado que Werfel, según la opinión obsesiva de Wagner, tuvo que haber conocido con detalle los diarios y, por tanto, haberlos robado, Wagner siguió atando cabos. Werfel, que era judío, había sobornado supuestamente al abogado judío de Wagner y

ración testimonial, protocolos del juicio, conversaciones en la clínica e informes psiquiátricos—, todo lo ha desvalijado. Cito aquí de *Schweiger* una única, pero muy significativa, composición del proceso de plagio de Werfel:

Profesor Viereck (en su informe sobre Schweiger, pág. 89): “En el primer reconocimiento que practico al totalmente hundido en el plano psíquico, *enseguida tuve claro de que aquí* no se podía tratar de una culpa, de un acto criminal malicioso y punible, tuve claro que tenía ante mí la víctima inocente de una psicosis, acerca de la cual poseíamos poca claridad.

Profesor Gaupp (en su informe sobre Wagner, pág. 184): «Cuando Wagner, el 11 de noviembre, directamente después de su llegada, fue conducido a mi despacho entonces vi *enseguida* con toda claridad que no había llegado un bruto *criminal* inculto, sino una persona enferma mental, víctima de un terrible delirio que le conducía a cometer actos terribles». El *gran quebrantado* se encuentra en la misma página 184, y el *gran hundido* en la página 152.

Amargado escribió: «El destino me lo ha destrozado todo, sólo me ha dejado mi talento literario. He creado cosas excelentes, que alguien lo niegue. Pero en cuanto a la recompensa por mi trabajo me tengo que sentir estafado, pues el plagiador Werfel se la embolsa junto con la fama desde 1913. Tan desgraciado como mi destino como ser humano es mi destino como poeta».

éste le había proporcionado en secreto las actas y sus transcripciones. Con gran complacencia, el juzgado efectuó todas las investigaciones solicitadas por Wagner para comprobar que Werfel había conocido los escritos y manuscritos de Wagner. Todo eso quedó en nada. El mismo Werfel, en respuesta a mi demanda, afirmó en una carta personal que no conocía nada de los escritos y manuscritos de Wagner y también que no sabía nada de dicha persona. Wagner no creyó sus palabras y calificó a Werfel de mentiroso, plagiador y ladrón de actas. Cuando se enteró de que Werfel era, de hecho, de origen judío, desarrolló un odio apasionado contra todo el judaísmo, por lo cual cuando los propios médicos no estaban de acuerdo con él les tachaba de judíos o de esclavos judíos, ya que consideraba probable el soborno por parte de los judíos. Así me lo había explicado el propio Wagner hacía quince años, cuando yo había calificado sus conclusiones de falsas o de muy precipitadas: «ah, señor profesor, usted mismo no es más que un medio judío». Cuando yo desestimé jocoso estos disparates, añadió: «Ahora bien, naturalmente no quiero decir eso literalmente, pero usted está precisamente contagiado de la mentalidad judía». Wagner fue mucho más allá en sus acusaciones contra un médico de la clínica. En este caso creía en la existencia de un soborno al médico por parte de judíos y, dado que este médico era, como Wagner sabía, además un militante del partido nacionalsocialista alemán, le despreció durante todo el tiempo que estuvo allí. En la defensa apasionada de su delirio, él, que por lo demás era un hombre de agudo ingenio y experto en literatura, mostró a veces una extraña falta de juicio en su discernimiento referido al robo intelectual de Werfel. No admitía el hecho de que si dos obras

HISTORIA DE LA PSIQUIATRÍA

tenían a un enfermo mental como protagonista, ambas pudieran tener ciertas similitudes en las palabras y en los hechos. Eso *sólo podía haber sido robado*. Pero Wagner fue mucho más allá. Werfel había publicado en la primavera de 1913 un libro de poemas titulado *Wir sind*, cuyo prólogo llevaba una fecha bastante anterior a la de los actos de Wagner (y el mundo no llegó a saber nada de Wagner ni de sus diarios hasta que no cometió sus actos). En este libro de poemas, Wagner encontró algunos aspectos que tenían algo en común con sus propios pensamientos y que enseguida reclamó como su propiedad intelectual. Todo esto se lo había «robado» Werfel, y para ocultar su robo había falsificado el número del año de la publicación y la fecha del prólogo. En este sentido la sospecha de Wagner de plagio era totalmente absurda. Pero Wagner se mantuvo inflexible en su delirio acerca de que Werfel, en efecto, había compuesto sus poemas mucho más tarde, después de que le hubiera robado los suyos, o sea después de 1913.

Esta megalomanía y delirio persecutorio literario continuó en Wagner hasta su muerte. Luchó por su reconocimiento como escritor alemán con una energía que no se debilitaba. Todo parece indicar que, no obstante, la fuerza de su lucha decayó en los últimos años, después de 1935, tras haberse convertido en una persona mucho más débil. Aunque se volvió más taciturno respecto a la cuestión de su producción literaria, siempre entraba en un estado de excitación y de indignación furiosa si la conversación recaía en sus composiciones y en Werfel, y entonces siempre me pedía que le ayudase en sus derechos de propiedad intelectual y le apoyase para probar el plagio. El que yo no hiciera esto según su parecer me lo tomaba a mal, mientras que, por lo

demás, había desistido en mi presencia de su actitud hostil de otros tiempos. No se produjo una disminución de su delirio literario. Su lucha por su reconocimiento como escritor y la representación de sus mejores dramas le acompañó en los veinticuatro años de estancia en la clínica hasta su muerte. Al mismo tiempo seguía de cerca en el periódico y en la radio lo que ocurría en el mundo; se alegraba de las medidas de higiene racial del gobierno, del rechazo de la literatura y el arte judíos, y veía en la actitud de la política interior del Tercer Reich una confirmación de su propia doctrina, de su propia lucha contra el mundo literario judío. Admitió el hecho de que antaño, en su juventud, había sido gran admirador del escritor Heinrich Heine⁴, el cínico librepensador, pero más tarde no quería que se lo recordaran. Si abarcamos la segunda mitad de su existencia paranoica, es posible decir que la fe en su misión poética se llegó a convertir en algo tan necesario como el aire que respiraba. Sólo eso le mantenía en pie y en lucha por su prestigio literario, el cual creía amenazado. Así encontraba su contenido vital y la posibilidad espiritual de olvidar sus actos criminales o de al menos reprimirlos. Nunca, ni un solo segundo de su vida en Winnental, lamentó el asesinato de su mujer y sus hijos, porque había una cuestión totalmente cierta para él: él y su familia eran degenerados congénitos y estaban listos para el ocaso, y consideraba por tanto justo y necesario «el practicar la higiene racial». En relación con los asesinatos de los habitantes de Mühlhausen y los incendios provocados vaciló varias veces en su declaración. En este sentido, su delirio carecía de total cohesión, pero sólo en su pensamien-

⁴ H. Heine, escritor de origen judío (N. del T.).

to. Probablemente su palpitante delirio de burla y persecución pudo remitir temporalmente en sus largos años de estancia en Mühlhausen, Radelstetten y Dagerloch; gracias a su aguda inteligencia se dio cuenta entonces de las lagunas de su argumentación, admitió la posibilidad del «error» y se remitió al dicho «sólo el error es la vida». Pero nuevamente y con frecuencia, debido a motivos externos, el antiguo delirio ganaba fuerza en él; nunca se pudo arrepentir verdaderamente de sus actos, aunque en algunos momentos dudaba del derecho a vengarse. En este sentido el delirio se convirtió en una protección para la vida de este hombre atormentado y sensitivo. El cruel asesino en serie e incendiario no era originariamente una persona violenta: fue un niño tierno y escrupuloso, un muchacho piadoso, un maestro más indulgente que severo, un buen padre; atendió en la clínica a su empobrecido hermano (a quien no apreciaba), enviándole una parte de su pensión. No sin profunda agitación, algún día escuché de su boca las siguientes palabras: «Yo podría haber sido puro y bondadoso, y me hubiera bastado una vida en condiciones humildes pero con independencia; no siempre viví en la megalomanía». Su viejo amigo y antiguo compañero de profesión me dijo un día, en diciembre de 1913, que *los habitantes de Radelstetten no hubieran podido tener mayor confianza en Wagner*. Y otro maestro titular que había coincidido con Wagner muchos años resumió su opinión en las siguientes palabras: «Si se me hubiera preguntado acerca de a quién de entre mis compañeros podría haber llegado a calificar como el más agradable y bondadoso, entonces hubiera contestado sin vacilar: Wagner». En la clínica gozó de aprecio; los enfermeros le tenían cariño. El enfermero que más estuvo en contacto con

Wagner me dijo después de su muerte: «él fue una buena persona». Además fue un hombre de un gran patriotismo, como lo demostró con su comportamiento durante la guerra.

De modo que se haya presente un profundo carácter trágico en la vida de este hombre fuera de lo común, a quien el delirio incurable que surgió en él motivado por la predisposición, el entorno y la experiencia le convirtió en un duro criminal. Teniendo en cuenta el hecho de que tuvo claro que tendría que pasar el resto de su vida en una celda de una clínica mental, lo cual significaba para la persona un horror y un espanto, no le quedaba más que el consuelo de su labor poética, en cuyo valor tenía que creer para poder soportar la vida. «Este trabajo —escribí en 1920 y lo repito hoy después de su muerte—, que su espíritu atormentado por la fuerza biológica del instinto de conservación más valoraba cuanto más profundamente le había humillado la vida en otras ocasiones, es lo único que le mantiene en pie. Si no tuviera ningún valor, entonces sería mejor que desapareciera de escena. No sin profunda compasión leí en una de sus últimas cartas las palabras procedentes del temblor del alma, que se aferran fuertemente a su fe en que la poesía podía ser su salvación a causa de la necesidad más profunda en la existencia humana más miserable». De modo que, finalmente, la obstinación en su delirio poético le fue más necesaria para vivir que el delirio de persecución provocado por los habitantes de Mühlhausen.

Ofrezco a modo de conclusión de esta epicrisis tres imágenes de Wagner de diferentes épocas de su vida. La primera imagen procede de su época de profesor en Radelstetten, como él mismo manifestó de aproximadamente 1909. La segunda fue

HISTORIA DE LA PSIQUIATRÍA

tomada en diciembre de 1913 en la clínica de Tubinga, o sea tres meses después de su crimen, y la tercera es del año 1934.

Finalmente ha podido ser insertada una prueba escrita de interés para los especialistas interesados en grafología, que corresponde a un fragmento de una carta que había escrito inmediatamente antes del crimen de Mühlhausen para el periódico *Stuttgarter Neue Tageblatt*.

En mi informe de enero de 1914 escribí que Wagner sufría de paranoia y que su padecimiento era incurable. Ahora, treinta y siete años después de su muerte, puedo abarcar con claridad su enfermedad y me ratifico en el diagnóstico presentado en aquel entonces. Wagner fue un auténtico paranoico. Llevaba una fuerte tara hereditaria, su carácter era una mezcla angustiosa-sensitiva y afectividad expansiva, componentes ambos que se encuentran en sus padres, o al menos en una de sus hermanas. Intelectualmente muy dotado, con una infancia pobre marcada por la necesidad y la melancolía profunda, criado en medio de una vida familiar problemática, sin una educación esmerada, de desenfrenado instinto sexual, como la madre, con una fuerte ambición y, en principio, una orientación básica religioso-moral, de aspiraciones ideales en el campo de lo estético, pero no obstante egoísta, demasiado sensible y rencoroso, de un fanático amor a la verdad, de una inteligencia aguda, pero sin una profunda formación filosófica, fracasó por primera vez en los años de adolescencia por la disonancia entre su instinto sexual y su amor propio. En las dificultades de su pubertad mostró un onanismo torturador, que sobrevaloró como cualquier niño de su tiempo y debido también al entorno pedagógico del seminario, con señales tempranas —al principio sólo temporalmente— de

una significación personal enfermiza, se volvió desconfiado e inseguro en la vida, interiormente desconcertado y descontento de sí mismo. Luego, cuando era un joven seminarista y maestro auxiliar, se refugió en el reino de la poesía. Supersensible al alcohol, sucumbió al sexo de camino de la taberna. Reprimido sexualmente e impedida su satisfacción sexual normal en la pequeña población, incurrió en faltas sexuales zoofílicas detestables. Él mismo no pudo disculpar nunca estos deslices; según sus propias palabras, con ellos había deshonrado a la humanidad. De manera que su personalidad sufrió un profundo desgarramiento del que nunca se curaría. Su orgullo soportaba una lucha permanente entre la angustia y la vergüenza. El odio y el desprecio contra sí mismo se extendían con el enérgico carácter del hombre, al odio contra el lugar donde cometió sus actos; la mala conciencia, en la que le acechaba constantemente el peligro vergonzante de ser descubierto y que producía el castigo aniquilador de su honor, contiene la significación personal enfermiza de contenido angustioso-depresivo.

Pero lo expansivo de su naturaleza se revelaba contra la pura disposición al sufrimiento del culpable. Al parecer, reconocía siempre su culpa fundamental, pero la proyectaba en su entorno. De este modo, surgieron por miedo y desconfianza, por ira e irritación, las interpretaciones ilusorias del comportamiento de su entorno masculino en Mühlhausen, Radelstetten y Dagerloch. Se sentía víctima del escarnio, burlado y perseguido. Con ello su sufrimiento se agudizó hasta llegar a una tortura anímica indecible, cuyo exceso se transformaba en ira e impulso de destrucción. Este impulso de destrucción lo dirigió primeramente contra sí mismo y contra su carcomida

familia: «Todos los Wagner tienen que ser eliminados»; pero lo dirigió también contra los demás, contra el pueblo donde había cometido sus faltas, y contra los habitantes a quienes tenía que despreciar psíquicamente para poder despreciarlos. De manera que los habitantes de Mühlhausen se volvieron cómplices a sus ojos porque respondían a sus faltas en lugar de con crítica o lástima, con escarnio y burla, con cuchicheo, risa y cotilleos maliciosos. Todo esto ya era puro delirio. La observación mórbida se somete en el transcurso de los años a la observación mórbida. El delirio se concentra y crece en la forzada discreción que sus faltas exigen, y en la soledad del pueblo alpino de Radelstetten. Los intentos de suicidio fracasaron por su indecisión, lo que intensificó su tortura y amargura, y de este modo creció y se desarrolló su plan de destrucción, que fue adquiriendo una forma cada vez más definida. La realización de este plan se retrasó por la interior aversión ante este acto horroroso. El cambio de localidad a la gran ciudad en 1912 no trajo consigo la posible liberación del escarnio y la burla del entorno. En ese nuevo lugar sucedieron las mismas percepciones tormentosas. De modo que el plan llegó a su ejecución finalmente en 1913 y realizó el acto sangriento en su, en principio, totalmente incomprensible brutalidad, una brutalidad de la mano del mismo hombre que no podía matar ni a una mosca, que antes no había podido ver ni una gota de sangre, que con frecuencia estaba de pie junto a la cama de sus hijos bañado en sudor, sin encontrar el valor para matarlos, y el cual finalmente eligió para esa acción espantosa una temprana hora matinal en su casa y una hora de medianoche en Mühlhausen, en la que no podía reconocer con claridad los rostros de sus víctimas.

Wagner sufría de paranoia, en alemán *Verrücktheit*. Su punto de vista frente al mundo y las personas, sus amigos y enemigos, se convirtió en paranoico por su delirio radical. El mundo y su propia sangre habían adquirido una imagen en su pensamiento que ya no tenía nada que ver con la realidad. No obstante era un hombre listo y dotado, intelectualmente por encima de la media. En sus *Paseos por Stuttgart* se encuentran, junto a alguna pedante excentricidad, excelentes pensamientos sobre el campo político y social. Wagner ha comprendido y formulado agudamente algunas ideas sobre la degeneración psíquica de la familia y el pueblo, ideas que hoy resaltan en gran manera, especialmente, en el terreno de la higiene de la raza. Seguía atentamente todos los acontecimientos del día. Previó en el año 1913 la guerra que iba a llegar en 1914 a través de un conflicto de Austria con los Balcanes y Rusia. Cuando sus asuntos no entraban en consideración, su opinión era con frecuencia buena y de agudo ingenio, aunque la mayoría de las veces teñida de pesimismo. El pesimismo íntima más con la verdad del suceso terrenal que un optimismo superficial y cargado de buena fe. Una cierta ironía del destino puede residir en el hecho de que Wagner, en sus valoraciones literarias de otros tiempos, parte de su entusiasmo por Heinrich Heine, que, valorando su aguda sátira le parecía tan genial como él mismo, y con un tajante antisemitismo que concluyó con una condena por principio del judaísmo en el arte y la literatura.

La muy discutida definición de paranoia reza en Kraepelin: «Se trata de la evolución, que tiene lugar de manera crónica y por causas internas, de un sistema delirante continuo e inquebrantable, que se acompaña de un total mantenimiento de la clari-

HISTORIA DE LA PSIQUIATRÍA

dad y el orden en el pensar, el querer y el actuar». Cuando yo afirmo la cuestión de si Wagner era en opinión de Kraepelin un paranoico, no paso por alto el hecho de que evidentemente existen algunas pequeñas divergencias. Se puede dudar acerca de si en el carácter reactivo del primer delirio reconocible de significación personal mórbida se puede hablar de una evolución crónica. El primer comienzo en la disposición del carácter paranoico de Wagner parece hasta cierto punto agudo y reactivo a causa de la aflicción por la gravedad de la propia culpa, si es que nosotros podemos creer totalmente en su propia descripción. Pero el desarrollo posterior fue tan lento que ni siquiera su propia mujer durante doce años consiguió tener la más remota idea de su enfermedad. Nosotros agradecemos a los trabajos de Kretschmer, sobre todo a su «delirio de relación sensitivo», el conocimiento más exacto de estas asociaciones mentales, el componente de predisposición, medio y vivencia. El continuo sistema delirante de Wagner *no fue siempre totalmente inquebrantable*, más bien hubo épocas de una cierta remisión, de una *en parte corrección lógica* del pensamiento delirante en la decreciente excitación, de modo que entonces el propio enfermo hablaba de «error». El sistema delirante experimentó transformaciones relativas al contenido: el en otro tiempo delirio persecutorio central contra los ciudadanos de Mühlhausen se desvaneció en algunas épocas y en la misma medida creció el nuevo círculo delirante de la persecución por el escritor Werfel y sus compañeros de raza. El total mantenimiento de la claridad en el pensar, querer y actuar que el concepto de paranoia de Kraepelin exige, estaba sin duda presente. Su programa incendiario y asesino sucedió exactamente según el plan que había dise-

ñado en Radelstetten y Dagerloch durante seis años. Todos estos hechos pueden leerse en su *Autobiografía* en tres tomos, escrita entre 1909 y 1913; en ella no hallamos ninguna palabra poco clara ni ningún pensamiento confuso. Posteriormente, en los largos años de estancia en la clínica de Winnental, nunca llegó a ser poco claro o desordenado; la fuerza de su entendimiento nunca se vio dañada. No se observó el más mínimo rasgo de deterioro en Wagner hasta que murió a los sesenta y cuatro años de edad. De ello se convencieron todos los compañeros especialistas que vieron a Wagner en 1932 y que vivieron conmigo su entrevista de dos horas de duración. Con una rápida capacidad de réplica y de interpretación, con sarcasmo, si era necesario, afectivo y, desde luego, de forma cortés, defendió su delirio contra todas las objeciones que se le hacían. De su fluidez lingüística dan testimonio todas sus composiciones. Su fotografía muestra la expresión totalmente viva de su rostro, menos depresiva que la del período de observación en Tubinga, en el invierno 1913-1914. Ewald descubrirá no sin razón un componente maníaco en él. En general en la persona de Wagner y en sus escritos existen algunos rasgos que se pueden calificar de tendencia maníaca.

Se ha puesto en duda la paranoia de Wagner. El veterano especialista Bleuler pensó que su caso, como el de otros paranoicos, era una forma leve de esquizofrenia paranoide. Pero en el caso de Wagner no puedo estar de acuerdo con él a no ser que se sacrifiquen los límites de la definición de la esquizofrenia. Hermann Hoffmann destaca en Wagner el parentesco genético con el núcleo formal esquizofrénico, no sin razón, porque dos parientes de Wagner por línea materna eran, al parecer, esquizofré-

nicos. Por el contrario, pongo mis objeciones para hablar, en el caso de los padres y los hermanos y, particularmente en él mismo, de «predisposición esquizoide». De los hermanos sé demasiado poco. No les conocí personalmente y el material que se me ha confiado es demasiado incompleto. Desgraciadamente parece que Wagner destruyó por medio del fuego su correspondencia con ellos. En el caso de una de sus hermanas se puede pensar en una tendencia esquizoide. Pero esto no se puede comprobar de forma segura. El hecho de que era irritable, demasiado sensible y algo fanfarrona se desprende de sus actas. El hermano mayor es, al parecer, más bien un psicópata inestable con predisposición al alcoholismo. Y también en el caso de la madre parece resaltar más la inestabilidad y el instinto sexual, un rasgo esencial de carácter amargado y pesimista, así como la tendencia a las reacciones histéricas, más que realmente rasgos esquizoides. El padre fue un pequeño campesino apático con tendencia a la bebida, estados de ánimo expansivos y con inclinaciones fanfarronas. Quizás se halla un núcleo circular en la familia. En cuanto a la constitución física Wagner era un pícnico. Los estados de ánimo depresivos al parecer predominan en la mayoría de los miembros de la familia. Una escasa moral egocéntrica confería a la emoción un tono refunfuñón, hipocondríaco y paranoico con una desdicha por propia culpa.

No obstante, prescídase de estas nuevas opiniones sobre el delirio, en particular sobre el delirio paranoico (Gruhle, Kollé, Scholz, Westerterp, Kehrer, Johannes Lange, Betzendahl, Otto Kant entre otros) en esta epícrisis en torno a la enfermedad de Wagner. Quizás volveré sobre el particular en un trabajo especial si retomo y pre-

sento nuevamente a otros la historia de la teoría de la paranoia. Desde luego, desde 1924 se tienen que decir cosas nuevas. Entonces la cuestión a revisar otra vez por principio será en qué medida es posible seguir la diferenciación entre proceso y desarrollo en la estela del ingenioso Jaspers y ampliar un principio de nuestro sistema de enseñanza psiquiátrico. Desde un punto de vista práctico es probable que permanezca en el campo de la eugenesia la interpretación contenida en el comentario de Gütt-Rüdins respecto a que la paranoia genéticamente formará parte del grupo esquizofrénico o que será incorporada a él. Nadie estaba más convencido que Wagner de la capacidad de reproducirse en el sentido genético; por eso destruyó a su familia. También es seguro desde luego que la paranoia se desarrolla en el terreno de la degeneración hereditaria de carácter grave.

Hasta qué punto yo, que no he sido beneficiario de un talento descriptivo similar al de un Dostojewski, he conseguido hacer comprensible en mis múltiples escritos, particularmente en mi libro sobre Wagner, su psicosis, partiendo de su carácter y su destino, sus predisposiciones y vivencias, (pero yo pido que se lean todos los escritos porque cada uno completa el anterior) eso tendrá que decidirlo el lector. Es probable que el alma humana en su esencia última esté simplemente enferma o sana sin que pueda afectarle ningún espíritu humano ajeno.

Un mínimo resquicio permanece incomprendible y no totalmente identificable. Pero este resquicio en la auténtica paranoia es, al parecer, más reducido que en cualquier otra enfermedad psíquica.

(Traducción de Laura García Olea)